

EL «HOMO TRIBALIS»



«El hombre es un animal tribal y lucha por ser más, no solo como individuo, sino como miembro de su grupo tribal».

La vida del hombre es una especie de juego en el que cada individuo quiere participar y, además, vencer, derrotar, ganar. Cada día, cuando nos levantamos, salimos a la palestra de la vida con ánimo e intención de competir, de aventajar a otros, de llegar más lejos, de subir más alto. El juego humano es un juego más complejo de lo que a primera vista pudiera parecer, y nos es bastante desconocido, al menos a nivel de conciencia clara y refleja. Hemos asimilado las reglas de este juego, forjadas por la naturaleza que nos es transmitida a través de una determinada cultura, pero las hemos asimilado de una forma más bien inconsciente. Es nuestro propósito el explorar algunas de estas reglas del juego al que todos jugamos todos los días y en todo momento. Examinaremos tres dimensiones fundamentales del juego humano: las reglas de la tribu, las reglas del sexo y las reglas de la posición social. El área cultural donde he basado mi

investigación es principalmente la sociedad occidental contemporánea y especialmente España e Inglaterra.

Pregunté a una alumna mía de Oxford: «¿Por qué crees que vamos vestidos?». Esta chica me miró algo sorprendida como diciendo: «Vaya pregunta más obvia o más necia», y me contestó: «Hombre, pues supongo que para proteger nuestros cuerpos del frío o del mal tiempo». En efecto, como contestó esta chica inglesa, el vestido responde a unas necesidades de tipo material: proteger nuestros cuerpos de las inclemencias del tiempo. Sin embargo, esta chica nunca se había detenido a pensar que ya por la mañana, cuando nos aseamos y nos vestimos, obedecemos a un conjunto de reglas bien precisas: las reglas de la tribu, del sexo y de la posición, aunque nunca pensemos explícitamente en ello ni tengamos conciencia clara de un tal estado de cosas. Así, la manera de asearse, de peinarse, de lavarse, de afeitarse, dejarse o arreglarse la barba; la forma de pintarse, acicalarse, maquillarse; de usar estas o aquellas prendas y aun la manera de llevarlas obedece a este triple abanico de reglas sociales. Un europeo, hoy, podría vestir con gandura y fez para salir a la calle, pues ninguna ley se lo prohíbe. Sin embargo, si decidiera salir vestido de esta suerte, provocaría el ridículo y llamaría la atención. ¿Por qué? Porque infringiría las reglas tribales que se encarnan en el vestido, como en otros muchos aspectos de la vida cotidiana. Reglas estas que obligan a cada individuo a expresar y a definir su identidad tribal a través del vestido, así como a través de otras mil maneras, como veremos.

Al asearnos y al vestirnos obedecemos asimismo las reglas del sexo al que pertenecemos. Ninguna norma o vigencia del código penal u otro prohíbe que un hombre en Europa vista una falda y se ponga un pañuelo en la cabeza. Sin embargo, si un señor cualquiera viste estas dos prendas y sale así a la calle, provocará las más es-

peradas e inesperadas reacciones. ¿Qué ha ocurrido? Este señor ha infringido las reglas del juego del sexo, que, entre otros múltiples dominios, prescribe y proscribte ciertas prendas a uno u otro sexo. Al vestir de esta o aquella forma obedecemos, además, a las reglas de la posición social. El civilizado, por el mero hecho de ir vestido en lugar de ir desnudo, afirma su posición, que él considera como superior, más avanzada y aun más humana que la del primitivo, que va desnudo o apenas cubierto con un taparrabos. Una señora, al vestir un abrigo de piel, o un cardenal, al ir vestido de púrpura y arrastrando una larga cola, no van solamente abrigando su cuerpo, sino que, además, van definiendo públicamente su categoría, su posición «elevada» y «distinguida».

No vamos ahora a analizar cómo el vestido no responde solamente a una necesidad útil y material: protegernos de las inclemencias del tiempo. He querido mostrar con un ejemplo cómo, al vestirnos, obedecemos a este triple abanico de reglas: las reglas de la tribu, del sexo y de la posición. He querido, además, con este ejemplo, hacer ver cómo podemos ignorar, a nivel de conciencia clara, cuáles son estas reglas, cuándo, cómo y por qué funcionan en este juego humano en el que todos tomamos parte. Esta chica alumna mía pensó que el vestido solamente cumplía un propósito de carácter material y práctico, y, sin embargo, a un nivel más profundo y más inconsciente estaba obedeciendo y jugando a estas reglas en todo momento. En este libro vamos a analizar algunas de estas reglas del juego humano: las reglas de la tribu.

La celebridad que se ha conquistado la expresión de Quevedo «poderoso caballero es Don Dinero» es prueba inequívoca de su genialidad. Ya en el siglo XIV el Arcipreste de Hita, pensador español que no le va en zaga ni en ingenio ni en socarronería, en el celebrado poema *Enxiemplo de la propiedat que el dinero ha*, nos

advirtió, entre otras cosas, que el dinero «fase correr al cojo, et al mudo fabricar» y que «el que non tiene manos, dineros quiere tomar». Si estos hechos tan portentosos hacía el dinero ya en la Edad Media, en nuestro siglo xx un dicho popular afirma que «por dinero baila el perro». Uno se queda pasmado ante estas propiedades tan sorprendentes del dinero. Parece, además, que el hombre —tal vez especialmente en estos tiempos que corren— sea incapaz de apreciar el valor real, el valor estético de algo o de alguien sin que el poderoso caballero Don Dinero dé su visto bueno. Así nadie duda que tal cuadro es una maravilla —aunque nadie comprenda ni sienta nada ante unos garabatos pintarrajeados que llevan un solemne título— si se sabe que se ha vendido por varios millones de pesetas. La belleza hay que ir a buscarla en los billetes verdes: «Billetes, billetes verdes, pero qué bonitos son», se tarareaba por los años sesenta. Nadie está seguro del valor real de un deportista hasta que se anuncia que un equipo determinado lo ha «fichado» por tantos millones de pesetas. El valor mismo de una persona se llega a equiparar descaradamente con las pesetas como último y máximo criterio del valer en general: «Ese es más majo que las pesetas».

El hombre —toda regla tiene excepción— piensa en el dinero, medita en el dinero, sueña con el dinero, trabaja por el dinero, sufre por el dinero, «se mata» por el dinero. «Todos queremos más y más y mucho más», decía una canción que se hizo muy popular no tanto por su melodía, más bien ramplona, cuanto por haber tocado una cuerda sensible del sentimiento popular.

Ya sabemos que Don Dinero es un poderoso caballero. Ya sabemos que nuestra cultura occidental ha forjado un hombre individualista y materialista y ha creado una sociedad aturdida y enajenada. Pero hay otros caballeros, por seguir la metáfora de Quevedo, menos conocidos, o del todo ignorados, pero no por eso menos

poderosos, que rigen y gobiernan el pensamiento y el sentimiento del hombre. Uno de estos caballeros es lo que podríamos denominar el HOMO TRIBALIS O SENTIMIENTO TRIBAL.

En este estudio vamos a parar mientes sobre un valor cultural y social que no es ni individualista ni materialista ni tiene que ver mucho con la sociedad de consumo. Se trata de un sentimiento profundo que trasciende al individuo y le lleva a verse no como fulano de tal, sino como miembro, parte y aun partícula de su tribu. El verse y sentirse como miembro de un grupo social frente a otro y el afán de querer afirmar la valía, la diferencia, la superioridad, la distinción y el poder de su tribu frente a la vecina. Cuando se habla de comunistas y capitalistas como de buenos y malos, se olvida que el hombre es un animal tribal y lucha por ser más, no solo como individuo, sino como miembro de su grupo tribal. Antes de proseguir, conviene hacer una advertencia preliminar acerca del término «tribu», con el fin de evitar todo posible equívoco.

El término «tribu» y sus derivados —tribal, tribalidad, etcétera— en nuestro mundo occidental contemporáneo está asociado con el mundo «primitivo» o «salvaje», por oposición a «civilizado». Los términos «primitivo» y «civilizado» no solamente apuntan a dos conceptos distintos, sino que entrañan una determinada valoración. «Primitivo» está asociado con un mundo «más cruel», «menos racional», «éticamente inferior», «religiosamente inferior» (supersticioso-pagano), en una palabra: «inferior» a secas. En cambio, para un analizador de humanidades serio esta dicotomía «primitivo-civilizado» como sinónimos de «superior-inferior» carece de valor, es irrelevante. Otro tanto ocurre en otros dominios. Al sapo, a la víbora, a la araña y a otros «animalejos» los metemos en el saco de «bichos asquerosos», frente a la paloma, al águila, al toro y a otros «animales nobles». Pero a un zoólogo serio le interesan

tanto el comportamiento, la naturaleza y las características de unos como de otros animales. Aun cuando la naturaleza haya colocado en el hombre un instinto de rechazo frente a ciertos animales —por amenazar a la salud o vida de este—, no quiere decir que dichos animales no encierren un mundo maravilloso para el que quiera acercarse a descubrirlo. No nos detenemos aquí a desmitificar científicamente esta dicotomía «primitivo-civilizado», pero sí a hacer hincapié en que para un antropólogo social es objetivamente irrelevante. Por dar un solo ejemplo, se asocia lo «primitivo» con «lo cruel», pero ¿cuándo y dónde se ha torturado tanto, con medios técnicos tan «refinados» (= sádicos), como en nuestro mundo «civilizado»? Los horribles «lavados de cerebro» avergonzarían en su condición de hombre a secas a más de un «primitivo». ¿Dónde se han cometido las matanzas más inverosímiles —treinta millones de muertos en la última contienda bélica intertribal «civilizada»—, sino en un mundo «civilizado»? ¿Dónde se han eliminado a millones de seres humanos por el simple hecho de pertenecer a una «raza inferior y degradante» (holocausto de millones de judíos), sino en una nación «civilizada»? Tampoco se puede afirmar científicamente que el «civilizado», por pertenecer a un mundo «más adulto», es más cruel. Precisamente el analizador de humanidades ecuánime y objetivo ha de ir planteando problemas o cuestiones que sean científicamente válidas y demostrar cómo una pregunta como esta: ¿quién es superior, el civilizado o el primitivo?, equivale a cualquiera de estas otras: ¿qué es superior el hígado o el riñón, el elefante o la mariposa, un árbol o una vaca? Ninguna de estas preguntas ofrece utilidad alguna para un científico, y, sin embargo, preguntas de este talante se hacen —en la prensa más seria, en las editoriales más prestigiosas—, y lo que es peor, se contesta a ellas con tanto dogmatismo como sandez.

Una sociedad humana, primitiva o civilizada, difiere en algunos aspectos de su estructura, pero, en cambio, en otros permanece la misma, del mismo modo que el civilizado —individuo— ha variado su comportamiento en algunos dominios (orina en aseos confortables, y hasta elegantes, en su propio domicilio; y, en cambio, el primitivo, al aire libre), pero no en otros (ambos están sujetos a eliminar este líquido que tiene las mismas propiedades químicas por el mismo canal y con la misma periodicidad). No poseemos todavía un estudio científico serio —solamente atisbos extravagantes y mal planteados, cuyo último objetivo, inconsciente y emocional, es «probar» la superioridad del civilizado— sobre los elementos comunes y las variaciones de la naturaleza de una sociedad «primitiva» y «civilizada». Todavía nos encontramos en la más densa niebla frente al conocimiento de los cimientos y el armazón fundamental de la sociedad humana. Quiero, pues, hacer hincapié sobre el carácter neutral —no emparentado con ningún juicio valorativo— del término «tribu», tal y como se utiliza en este estudio.

Por otra parte, he utilizado a propósito en la mayoría de los casos el término *tribu* y sus afines, en vez de *etnia* y sus derivados, para hacer resaltar un aspecto teórico mayor de este estudio: cómo la naturaleza y el funcionamiento de esta energía sui géneris, que es la tribalidad, no ha variado en ningún aspecto esencial de un mundo «primitivo» a otro «civilizado». Esta energía tribal era una de las fuentes primordiales que movía a la especie humana en una época primitiva, y también hoy sigue cumpliendo este cometido enormemente constructivo, causa principal del progreso humano. La tribalidad —como otras fuerzas de la naturaleza: aire, fuego, etcétera— ha sido dos siglos antes de Jesucristo y dos siglos después —en un contexto «primitivo» o «civilizado»—, al mismo tiempo, una de las fuerzas que, cuando

llega a descontrolarse, más perjuicios, desastres y ruinas ha acarreado a la humanidad.

El término *etnia* y sus derivados, cuando aparecen en este libro, se utilizan en un contexto conceptual y valorativo idéntico al de *tribu* y sus afines. Me parece éticamente intolerable y científicamente peregrino el seguir utilizando el binomio «etnia-tribu» como un derivado de «primitivo-civilizado» con las mismas implicaciones de valoración. El término *país* se utiliza asimismo como sinónimo de *tribu* o *etnia*.

En el panorama actual de la antropología social, los términos *etnia* o *étnico* se utilizan todavía en un contexto teórico vago, impreciso, incompleto y generalmente restringido a «minorías étnicas» dentro de una «nación moderna». Precisamente, el propósito de este estudio es el salirnos por completo de este planteamiento teórico que nos parece incompleto, *dilettante* y ambiguo. En una sección final de este estudio presento algunos términos nuevos de jerga técnica que podrían ser útiles dentro del mundillo de la antropología social.

En este estudio intentamos descubrir en qué consiste esta energía sui géneris que, como veremos, es irreductible a cualquier otra, que denominamos la tribalidad o el sentimiento tribal; qué es una tribu: cómo se forma y se mantiene; cómo funciona; cómo se ensambla o se enfrenta con otras tribus de su mismo o diferente nivel y cuánto directa o indirectamente se relaciona con este mundo tan curioso y tan poco conocido.

Estas observaciones preliminares se irán comprendiendo mejor a medida que vayamos adentrándonos en los vastos dominios del *Homo tribalis*.

A guisa de introducción, vamos a comenzar observando y analizando algunos hechos verídicos, donde podremos sorprender

al *Homo tribalis* actuando como protagonista real, aunque parezca invisible.

Año 1973, Oxford. Un estudiante español se dirige a una librería para comprar un libro que se está vendiendo como rosquillas. Se trata de un estudio de carácter popular, pero de cierta calidad académica y literaria, llevado a cabo por un inglés, donde se pretende destacar las grandes ideas y figuras humanas que han contribuido a forjar lo que denominamos civilización europea. Mientras espera en la cola para pagarlo, hojea el libro y se le abren los ojos al toparse en el prefacio del libro con un párrafo que le deja perplejo y le hace montar en cólera:

«Si hubiese hablado —lee el estudiante en voz alta— sobre la historia del arte, no habría sido posible el omitir a España; pero, cuando uno se pregunta qué ha hecho España para ensanchar la mente humana y hacer avanzar a la humanidad, la respuesta es menos clara: ¿*Don Quijote*, los grandes santos, los jesuitas en Sudamérica? Porque, por lo demás, España ha sido simplemente España, y, puesto que mi propósito era que cada programa se ocupara de dar cuenta de los nuevos desarrollos de la mente europea, no podía cambiar la perspectiva y ocuparme de un solo país en privado». Este español siente que le hierve la sangre. Cuando le llega el turno de pagar:

ESPAÑOL: ¿Quién es el burro que ha escrito este libro?

CAJERA: No es ningún burro. Es un *sir*.

ESPAÑOL: Pues ustedes a cualquier burro le hacen *sir*.

CAJERA: Le ruego que hable con más respeto.

ESPAÑOL: Respeto al que es digno de respeto. Fíjese usted en lo que dice este animal en el prefacio, perdón, este *sir*: «Si hubiese hablado...». ¿Qué opina usted?

CAJERA: (*Pausa*). ¿Desea usted comprar el libro, o no?

ESPAÑOL: Ahora que hay crisis de papel, lo pueden usar, si les parece, como papel higiénico.

Este español se pasó el día malhumorado, dando telefonazos a otros españoles, con quienes compartió su indignación; redactó hasta siete cartas distintas para publicarlas en un periódico inglés; escribió varias cartas a eminentes figuras de las letras españolas dando cuenta del acto de lesa tribu; no comió apenas, ni durmió bien aquella noche y, según confiesa su mujer, estuvo todo el día de un humor de perros. «No sé si lo he visto nunca —afirma su mujer— salirse de sus casillas como en aquella ocasión. Yo pensaba que le iba a dar un ataque. ¡Qué barbaridad!». Este estudiante español sintió vibrar en lo más profundo de su ser el alma colectiva de su pueblo, y reaccionó de una manera instantánea y violenta. No fue ningún afán materialista, ni motivación individual la que mudó el color y envenenó la sangre de este estudiante. Fue el *Homo tribalis*, tan impetuoso, vehemente e imprevisible, quien desencadenó en su ánimo aquella tormenta de cólera e indignación.

Volvamos de nuevo al gran teatro del mundo y observemos otra escena real, donde el sentimiento tribal es el verdadero protagonista.

En una ciudad inglesa, 1969. En un restaurante trabajan cinco españoles como camareros. Sorprendemos a uno de estos hablando con el dueño, que no es español:

DUEÑO: No me gusta que te pases la mitad del tiempo hablando con los clientes.

CAMARERO: ¿Quién se pasa el tiempo hablando con los clientes?

DUEÑO: Si los españoles tuvierais tanto dinero como lengua, andaríais mejor.

CAMARERO: ¿Quiere repetir otra vez lo que ha dicho?

DUEÑO: Digo que los españoles sois todo lengua. Mucha lengua y mucho presumir. Pero nada más.

CAMARERO: Usted no conoce a los españoles. Le voy a enseñar yo cómo son los españoles.

(*Temblando de rabia, con la respiración jadeante y la cara descompuesta, cita a los otros camareros españoles en un bar para hablar de un asunto que, a juzgar por la expresión iracunda del interlocutor, todos estiman que debe tratarse de algo urgente*).

CAMARERO 1: ¿Qué os parece lo que me ha dicho ese imbécil? Pues nada, dice que los españoles somos todo lengua y que, si tuviéramos tanto dinero como lengua, andaríamos mejor.

CAMARERO 2: ¡Pero será gilipollas el tío ese! Hombre, no me fastidies.

CAMARERO 3: ¿Y tú qué le has dicho?

CAMARERO 1: Se me ha ocurrido una idea. No le he dicho nada, para que no se piense que somos todo lengua. Pero la va a pagar bien el tío ese. Se me ha ocurrido que vayamos todos ahora mismo y le pidamos la cuenta. A ver lo que hace esta noche con todo el jaleo que hay con el banquete y a ver cómo busca gente de la noche *pa* la mañana.

CAMARERO 4: Hombre, tú tampoco te andas con chiquitas. Tú porque no estás *casao*, macho, y mañana ¿qué? ¿A silbar a la vía?

CAMARERO 5: Nada, a ese tío hay que darle una lección ahora mismo. (*Al camarero 1*). Tienes razón, hombre. ¡A ese tío hay que enseñarle ahora mismo qué es lo que tenemos los españoles! ¡No te fastidia con el imbécil ese!

CAMARERO 4: Hombre, a mí me parece bien darle en todas las narices a ese *chalo*, pero hay que pensar un poco también. A lo mejor nos arrepentimos a la media hora. Quiero decir que no vamos a encontrar trabajo a la vuelta la esquina.

CAMARERO 1: (*Dirigiéndose al camarero 4*). ¿Pero tú puedes seguir trabajando con un tío así? ¿O vamos a permitir que se nos ría de esa forma?

Se pusieron de acuerdo los cinco camareros, y, en menos de media hora, después del altercado, fueron a pedirle la cuenta al dueño. Este se excusó, les pidió perdón, casi les besó las plantas de los pies para que se quedaran. Les hizo saber que era una de esas cosas que se dicen sin verdadera convicción en un momento de enfado. Los amenazó con denunciarlos a la policía por hacerle aquel desaguisado y dejarle sin previo aviso con un restaurante funcionando a tope y con un gran banquete previsto para aquella misma noche.

De nada sirvieron ruegos, amenazas y súplicas. Los cinco camareros, en un abrir y cerrar de ojos, dejaron plantado al dueño de aquel restaurante. No fue ningún móvil de carácter material lo que precipitó los acontecimientos de una forma tan súbita e imprevisible. Por el contrario, estos españoles hicieron caso omiso de las desventajas materiales que podría acarrearles el seguir la voz imperiosa del *Homo tribalis*.

Escojamos un tercer episodio histórico y observemos de nuevo al sentimiento tribal como auténtico protagonista de escena.

1965. En un hospital de una ciudad francesa visito a un español que, se me hace observar, está al mismo tiempo recluso en la cárcel por haber cometido un crimen hace algún tiempo. Este español, después de charlar un rato, me cuenta apenado cómo de la manera más inesperada se había visto con las manos manchadas de sangre.

En un bar, un sábado por la tarde, se encuentra este español, solo, triste y deprimido pensando en su mujer y en sus dos hijas, que están en España. Ha bebido bastante. Un francés, que trabaja con él y que también ha bebido bastante, pretende divertir a sus

amigos gastando bromas al español, que toma su vino sin meterse con nadie.

FRANCÉS: ¿Qué tal se vive por tu tierra?

ESPAÑOL: En mi tierra se vive mejor que en ningún lado.

FRANCÉS: ¿Se come carne o solo remolacha? (*Todos ríen*).

ESPAÑOL: Donde se come remolacha y nabos es aquí. Que en mi tierra se los damos a los cerdos.

FRANCÉS: A ver si mides tus palabras. ¿Por qué has venido, pues, a este país?

ESPAÑOL: Eso me pregunto. ¿Por qué?

FRANCÉS: Yo te voy a decir el porqué: porque España es una mierda pinchada en un palo.

(*Saqué la navaja y lo dejé seco*).

Aun cuando este hombre siga reprobando su acción criminal, tal vez, cuando le resuene en el ánimo aquella frase, el *Homo tribalis* todavía le susurre: «Hiciste bien. Que aprenda esta gente a andarse con cuidado». Fijémonos bien en cómo, en este suceso, no es un insulto personal («usted, fulano de tal, es una mierda pinchada en un palo»), sino un insulto tribal («España —su tribu— es una mierda pinchada en un palo») lo que desencadena en el ánimo de un hombre —por lo demás ciudadano pacífico— una tempestad de violencia que llega a desembocar en un homicidio.

Estos tres episodios que hemos escogido de la vida real pueden servirnos como botón de muestra de este profundo sentimiento humano y social, cuyas vastas dimensiones y hondo significado pretendemos explorar, descubrir y analizar. El *Homo tribalis*, como veremos, rige los destinos de la humanidad, hace y deshace, ordena y manda, construye y destruye, premia y castiga, reina y gobierna.

Llega a erigirse como árbitro universal del bien y del mal, por encima de cualquier otro código ético, estético y religioso. No pide cuentas a nadie, más que a sí mismo. No se trata de una idea racional y, menos, objetiva y desapasionada. Se trata de un sentimiento de carácter emocional que descansa sobre un dogma elemental y absoluto: «nuestra tribu es la mejor». Por tanto, se puede llegar a conocer —aunque no siempre y no del todo—, pero no se llega a reconocer cualquier virtud, objeto, cualidad o persona de otra tribu que viniera a contradecir este dogma irrefutable. El sentimiento tribal es universal: aparece con el mismo vigor y pujanza en sociedades llamadas primitivas o civilizadas; en cualquier época de la humanidad, antes y después de Jesucristo; en países de esta o aquella ideología, de esta o aquella religión. El sentimiento tribal puede encarnarse en grupos más o menos grandes y es esencialmente relativo: uno puede sentirse navarro frente al aragonés, pero ambos pueden sentirse unidos como españoles frente a los franceses, o como europeos frente a los chinos y como habitantes de la Tierra frente a los de otros planetas, si un día se descubrieren y hubiere contacto con ellos. Por diversas circunstancias puede encarnarse el *Homo tribalis* con mayor fuerza en un momento dado en un grupo más o menos vasto. Así, por citar un ejemplo actual, a la caída del Imperio británico, los galeses y los escoceses comienzan a afirmarse como tales con un interés y fervor incomprensibles en plena hegemonía imperial cuando se canta el *Rule Britannia*: «¡Bretaña, rige, rige las olas!».

Vamos a analizar toda una serie de hechos sociales encaminados a afirmar, sostener, defender y probar el dogma fundamental del *Homo tribalis*: «nuestra tribu es la mejor». Abundan canciones, dichos y refranes donde más o menos abiertamente se enuncia este ideal o principio. Así, a nivel de ciudad a ciudad, se canta:

*Cositas tiene Pamplona  
que no las tiene Madrid:  
unas chicas como soles  
y el famoso chacolí,  
y lo mejor de este mundo,  
las Fiestas de San Fermín.*

Y a nivel de nación a nación:

*España es la mejor.*

Y la tribu vecina aparece, por tanto, como inferior en uno o varios aspectos y, desde luego, de menos valía en conjunto. Con frecuencia se crean rimas o ripios populares, de forma que se pueda denigrar o burlar a la tribu vecina. Así se dice: «Navarro, ni de barro»; «Pamplonica, su misica y su putica»; «Alavés, falso y cortés» (en Italia: «*Piemontese, falso e cortese*»). A un nivel de grupo más nutrido, decimos «hacer el indio» como sinónimo de hacer el ridículo. «Estar chinado» significa estar chalado o loco. Asimismo, el chino aparece como un ser de cortas luces en la frase popular: «engañar como a un chino». Se tiende a tildar como algo propio de la tribu vecina cualquier aspecto humano negativo, denigrante o poco digno. Así, en Inglaterra al condón se le denomina «la funda francesa» (*the French letter*), mientras que en Francia al mismo objeto se le llama «la capota inglesa» (*la capote anglaise*). En Inglaterra se denomina a la rubéola como «las manchas alemanas» (*German measles*), y, para distinguir la gripe ordinaria o más benigna de una gripe dañina y peligrosa, se califica a esta última como «gripe española» (*the Spanish flu*). El mismo término «extranjero» —«*stranger*», «*foreigner*», «*wog*», «*étranger*», «*straniero*», «*gringo*»— lleva una carga

de carácter despectivo e inspira cierta desconfianza y recelo, cuando no aversión y odio. A veces, especialmente cuando dos tribus se miden en una contienda sangrienta, se habla y se escribe en ciertas latitudes de «los cerdos extranjeros», «los zorros extranjeros», y se utilizan otras expresiones más groseras y soeces que rezuman todo el veneno que el odio tribal ha ido a veces destilando durante siglos. Existen asimismo ciertas expresiones de corte peyorativo, a veces más cargadas de sorna que de otra cosa, para describir a los de la tribu vecina. Así, por ejemplo, se puede hablar de «franchutes», de «italianinis» o de «hijos de la Gran Bretaña».

Todo este rico repertorio folklórico de frases acuñadas por el pueblo, de canciones, dichos, proverbios, refranes y otras manifestaciones de la conciencia popular apuntan en la misma dirección, y contienen el mismo mensaje o convicción profunda: «Nuestra tribu es la mejor». Por tanto, es difícil —e inútil— intentar hallar huellas de razón, de ecuanimidad o de objetividad cuando anda de por medio el *Homo tribalis*, hartamente intolerante y dogmático.

Otra parcela que se ha de explorar en el estudio y en el análisis del *Homo tribalis* es el vasto repertorio de chistes que brota de la conciencia popular como una flor silvestre. Existe, en efecto, un género de bromas y chistes que podríamos denominar de humor tribal, de idéntico corte, forma y contenido. Los chistes, como tantos otros fenómenos humanos, no son mero fruto de la imaginación individual, sino que están estructurados con rigor y precisión por una determinada sociedad. En los chistes de humor tribal donde los que aparecen en escena son de varias tribus o nacionalidades diferentes el mensaje es siempre el mismo: el que representa a la tribu de casa queda bien parado y ridiculiza a los demás. Analicemos un ejemplo de humor tribal entre judíos y árabes, visto desde el ángulo judío.

Tres judíos y tres árabes están en cola para coger billetes en una taquilla de una estación de tren. Los judíos cogen solamente un billete. Los árabes, tres. Un árabe comenta: «¿Os habéis dado cuenta de que estos judíos han cogido solo un billete? ¿Qué habrán tramado ahora mismo? Ya podemos tener cuidado que, si nos descuidamos, nos quitarán los nuestros con alguno de sus trucos habituales». Los tres judíos y los tres árabes se sientan en el mismo compartimiento. Uno de los judíos hace una señal con la mano, los tres judíos se apresuran a levantarse y los tres se encierran en el retrete. Un árabe se levanta y espía la acción. Llega el revisor y llama a la puerta del retrete: «Billete, por favor. Revisor». Sale un billete por debajo, que el revisor inspecciona, corta y devuelve por debajo de la puerta. Vuelve el árabe al compartimiento: «¿Sabéis lo que han hecho estos bandidos? Se han encerrado en el servicio y, cuando ha venido el interventor, han sacado por debajo de la puerta un billete y así viajan dos de gorra. ¡Cómo discurren estos bichos! Pues, al regreso, hemos de hacer nosotros lo mismo».

Al regreso, los árabes se ponen en cola delante de los judíos. Cuando los judíos observan que los árabes han cogido un billete solamente, se juntan, se dicen algo en voz baja y no cogen ningún billete. Un árabe comenta: «No me huele nada bien que no haya cogido ningún billete este *ganao*. De todas formas, ya sabéis: en cuanto llegue el tren, nos metemos enseguida en el servicio». Cuando llega el tren, los árabes se apresuran a montar y a encerrarse en el retrete. Un judío llama a la puerta del servicio y dice: «Billete, por favor. Revisor». Sale un billete por debajo de la puerta. El judío lo coge y va con él junto a sus compañeros a encerrarse en otro retrete.

El de la tribu de casa siempre aparece como el dueño de la situación, siempre derrota, humilla y ridiculiza al de la tribu vecina.

En Inglaterra, el irlandés aparece en este género de bromas como un retrasado mental, un ser irracional cargado de supersticiones. Analicemos alguno de estos chistes.

Un inglés está comiendo como invitado en casa de un irlandés. Cae una hermosa gotera en el centro de la mesa donde están comiendo.

INGLÉS: Pero, hombre, Paddy, ¿cómo no subes al tejado y reparas esta gotera?

PADDY: Desde luego los ingleses os creéis muy listos, pero ¿cómo voy a subir a reparar el tejado si está cayendo una tromba de agua? Hombre, no me revientes.

INGLÉS: Bueno, no te digo que lo repares ahora mismo. Quiero decir que por qué no lo arreglas cuando haga buen tiempo.

PADDY: Pero ¿cómo podéis ser tan cortos en Inglaterra! ¿No te das cuenta de que, cuando hace bueno, no hay goteras, calamidad?

\* \* \*

Paddy —nombre típico irlandés— se encuentra ahora en un apuro. Está su casa ardiendo. Los bomberos que vienen en su auxilio son protestantes. Aparece Paddy apurado en el balcón de un séptimo piso, mientras todo el bloque se encuentra en llamas. Abajo se ve a los bomberos con la clásica lona circular esperando a que Paddy se tire.

BOMBERO: Paddy, ¿a qué aguardas para tirarte?

PADDY: No me fío de vosotros. Cuando me tire, soltaréis la lona.

BOMBERO: Pero, majadero, ¿no te das cuenta de que, si no te tiras, te vas a quemar vivo?

PADDY: Bueno, ya me voy a tirar, pero dejad primero la lona en el suelo.

\* \* \*

Paddy va a ver una película. Se topa en el cine con George, un inglés, y, antes de comenzar la proyección, entablan el siguiente diálogo:

GEORGE: Paddy, si quieres te hago una apuesta.

PADDY: ¿Apuesta? Las que quieras.

GEORGE: ¿Qué te juegas a que se cae John Wayne del caballo?

PADDY: ¿Qué te juegas a que no se cae?

GEORGE: Van cinco libras.

PADDY: También diez, si quieres.

GEORGE: Van.

*(Ambos sellan la apuesta con un apretón de manos. A la salida del cine).*

PADDY: Toma tus libras, para que veas que sé cumplir las apuestas.

GEORGE: Mira. Me das pena. Me remuerde la conciencia. Tengo que confesarte que había visto ya la película y sabía que John Wayne se iba a caer del caballo.

PADDY: También yo la había visto. Lo que pasa es que pensé: «Si ya se cayó una vez, no se caerá una segunda vez».

El repertorio de chistes ingleses sobre Paddy es vasto y variado. Todo son variaciones del mismo tema: el irlandés se caracteriza por sus cortas luces, su menguada imaginación y su buena dosis de sandez.

Por Europa circulan chistes, tal vez especialmente en Inglaterra, donde se tiende a pintar al norteamericano como a un ser

todavía adolescente, que va siempre jactándose de que en Norteamérica todo es mejor de una manera infantil y harto ingenua, revelando con sus fanfarronadas pueriles una inteligencia poco desarrollada y una personalidad poco madura. El tipo simbólico que se utiliza para describir este espíritu infantil y ridículo es la turista norteamericana, rica, sabelotodo y necia hasta el tuétano.

Veamos a este propósito cómo la revista humorística inglesa *Punch*, en su número correspondiente al 31 de julio de 1974, describe a Mrs. Penny Pitfall. Mrs. Penny Pitfall es una turista norteamericana que ha ido a visitar los países comunistas y, de regreso a Estados Unidos, va a dar una conferencia en la que explica sus impresiones sobre esos países, ilustrándola con diapositivas que ha tomado en el viaje.

La conferencia se titula: «Cómo era la Cortina de Hierro». Una conferencia por Mrs. Penny Pitfall de Peekskill, Estados Unidos, con Mr. Handelsman al proyector de diapositivas.

1. Quiero comenzar por afirmar que nunca he sido miembro del Partido Comunista, ni siquiera de los Demócratas, ni tampoco mi marido. Nos unimos a la expedición organizada por Giras Recreativas, S. A., ya que, ¡qué diablos!, nuestro Gobierno va a esos países continuamente, y ¿quién puede ser tan cerril como esos Gobiernos? *Clic.*
2. Este es el Muro de Berlín: aquí está el meollo de la cuestión. Aquí es adonde vino el presidente Kennedy y dijo que era berlinés, pero no lo era, era de Boston. *Clic.*
3. Por una parte del Muro, la libertad; por la otra parte, fuimos a la ópera. Era *Fidelio*, ¿no es verdad, Bob? ¡Qué angustia! Se queda uno sin saber si Florestan era inocente o

culpable. En América, al menos hubiera ido a juicio como Dios manda. *Clic.*

4. Bach tocó el órgano en esta misma iglesia de Leipzig, a menos que esto sea Dresde. La gente ya no cree en Dios, por supuesto, pero siguen yendo a misa. Lo mismo que en Peekskill. *Clic.*
5. Mirad qué monos estos nativos de Praga en la plaza de Wenceslao, donde el buen rey Wenceslao estuvo vigilando, aunque algunos son de la opinión que fue empujado. Los rusos enviaron tanques para impedir a los checos que hagan buenas películas. Hay una sinagoga muy antigua, muy antigua. Le obligan a uno a llevar sombrero. *Clic.*
6. Hay un sitio llamado Buda y otro Pest, ¡qué sandez!, ¿verdad? Los húngaros siempre escriben su nombre al revés y echan pimienta húngara a todo. Este es el Parlamento. Observen la pimienta sobre la cúpula. *Clic.*
7. Según dice nuestra instruida guía, Doris, cuyos padres políticos procedían de los Balcanes, aquí es donde mataron al archiduque. Los yugoslavos se separaron de otros países comunistas, pero, más tarde, Tito y Krushev se dieron un beso y todo se arregló. Hay mucha rivalidad entre los diversos grupos nacionales: los serbios andan a palo limpio con los montenegrinos. *Clic.*
8. Albania no nos quiso dar el visado. Adoran a Stalin y no hablan a nadie que no sea chino. Volamos muy bajo y logramos ver una muestra de arte albanés. *Clic.*
9. Doris, nuestra guía, mostrando cómo hay que quitarse los zapatos en una mezquita húngara. ¡Qué diversidad de costumbres! Quitarse los zapatos, ponerse el sombrero,

quitarse el sombrero. Una verdadera educación. No me imaginaba yo que existiera tanta variedad entre los comunistas. Y casi me duele haber tirado una pedrada a Paul Robeson. *Clic.*

10. Doris dice que los rumanos descienden de presidiarios, lo que explica que jueguen tan bien al tenis. *Clic.*
11. Al fin, he aquí la Madre Rusia, el gran Papá de todos ellos. Permitidme que os explique a grandes rasgos la historia de Rusia. Kiev fue invadido por los tártaros, pero Iván el Terrible no lo permitió. Los cosacos saben montar a caballo por la tripa. Fuimos al balé y vimos *El lago de los cisnes*. *Clic.*
12. Bien, entonces el hijo de Iván el Terrible, Fiódor, el santo pero débil de cerebro, fue sucedido por Pedro el Grande, quien obligó a los nobles a cortarse la barba, que luego Catalina la Grande les obligaría a dejársela. Entonces Napoleón prendió fuego a Moscú y llegó Lenin. ¿Me he dejado algo, Bob? Bob dice que tengo una memoria portentosa. *Clic.*
13. Se pasan la vida quitando y poniendo los restos mortales de Stalin en la tumba de Lenin, pero no hubo jaleo el día que nosotros la visitamos. Bob, ¿es esta la tumba de Lenin o el metro de Moscú? Fuimos al balé y vimos *El lago de los cisnes*. *Clic.*
14. Visitamos el museo del Hermitage en Leningrado y nos dieron un permiso especial para ver la Colección Decadente (pintores impresionistas y judíos); después, fuimos al balé y vimos *El lago de los cisnes*. *Clic.*
15. No hay que dejar Rusia sin visitar a los asiáticos. Estas gentes son uzbekos. Detrás está la estepa. El Archipiélago

Gulag está muy cerca, pero no pudimos dar con él. En cambio, pudimos ver *El lago de los cisnes*. *Clic.*

16. Regresamos a nuestro país con la impresión de haber aprendido algo, aunque ninguno de nosotros supiera bien qué. Si los comunistas quieren venir a esta tierra, Bob y yo los recibiremos en casa y les daremos buen trato. ¿Verdad, Bob? Lo que no toleraríamos es tener a un comunista norteamericano en casa, ni siquiera un minuto. *Clic.*

*El Homo tribalis* deforma con frecuencia la visión de los hechos cuando se trata de otro grupo social. A veces nubla la vista, a veces deforma la retina, a veces ciega del todo. Aun en nuestra Europa del siglo xx e incluso en los círculos que se precian de objetividad y estudio desapasionado de los hechos humanos, el sentimiento tribal inspira las seudoteorías más peregrinas, sugiere los comentarios más inverosímiles y aun tergiversa los hechos que más saltan a la vista.

Karl Marx hizo un análisis de la especie humana como una sociedad dividida en clases económicas que compiten y luchan entre sí. Una de estas clases —la que posee los medios de producción— explota a la otra, la que solo posee una capacidad de trabajo, mediante la posesión del capital. Si esta clase explotada logra imponerse a la explotadora y elimina el capital, se habrá llegado a una era nueva de justicia, paz y hermandad entre los hombres. Estas son las tesis fundamentales de Karl Marx. No vamos en este momento a detenernos a rebatir una por una cada una de estas tesis y programas de acción. En cambio, queremos salirnos del planteamiento marxista, que nos parece un planteamiento de la sociedad muy incompleto, ingenuo y en parte falso. La especie humana no se divide, ante todo, en clases, sino en tribus, que compiten, rivalizan

y, a veces, luchan entre sí. No solamente hay clases ricas y clases pobres, clases explotadoras y clases explotadas —que también las hay—, sino ayer y hoy más que nunca hay tribus ricas y tribus pobres, tribus explotadoras y tribus explotadas, tribus astros y tribus satélites, tribus imperiales y tribus colonizadas, tribus gigantes (EE. UU., URSS), tribus medias (Francia, Gran Bretaña), tribus pequeñas (Galicia, Cataluña), tribus menores (Orense, Tarragona) y tribus mínimas (Sas de Penelas, pequeña aldea de la provincia de Orense; Eguillor, pequeña aldea de la provincia de Navarra). El concepto, el valor y la realidad que encierra el término tribu son de naturaleza distinta al de clase. En mi análisis, un chino, un ruso, un norteamericano, un vasco, un bilbaíno son términos que pertenecen al género tribu. Un chino podrá ser comunista o fascista, rico o pobre, explotador o explotado, pero un chino nunca será un ruso, ni un vasco un andaluz, ni un bilbaíno un pamplonica; ni China es ni será Rusia, ni España es ni será Alemania. La orina no solamente se distingue en grado de la sangre y de la saliva, sino que su naturaleza es distinta, su cometido es sui géneris, sus mecanismos y su funcionamiento son igualmente específicos y distintos. No se puede reducir la sangre a orina, ni el sistema nervioso al sistema digestivo. Se trata de realidades de naturaleza distinta e irreductible. Del mismo modo —en otro orden de cosas—, la tribu y la clase son dos realidades específicas, esencialmente diversas e irreductibles. Rusia podrá tener este o aquel sistema político, social, económico, cultural, musical, religioso, ideológico, etc., pero es y sigue siendo Rusia, que no China. Ni quieren los rusos, ni pueden dejar de ser rusos. Tanta ilusión le hace a un ruso de hoy sentirse ruso, ser distinto y «superior» al chino o al norteamericano —en cuantas esferas pueda—, como al ruso de ayer. El ruso de ayer como el de hoy está impelido —quiera o no; lo sepa o no— por

los mecanismos y las fuerzas —que no dependen de la conciencia ni de la libre voluntad del individuo— de la tribalidad, que le hacen sentirse orgulloso de ser ruso y le empujan a hacer cuanto pueda, no para que Rusia sea igual que otras tribus, sino para que sea la mejor, la más importante, la número uno en todo. Todo hombre es un animal tribal y la especie humana es una sociedad dividida en tribus, que compiten, rivalizan y, a veces, luchan entre sí. Tal es nuestra teoría o exégesis de la condición humana. Pero ¿qué es una tribu?; ¿cómo se forma?; ¿cómo funciona?; ¿cómo evoluciona?; ¿cuáles son sus mecanismos?; ¿cuál es su funcionamiento? Iremos respondiendo a todas estas preguntas, pero podemos comenzar por sorprendernos ante este hecho fundamental: la especie humana se divide, ante todo, en tribus.

A algunos analizadores de la sociedad humana puede parecer esta afirmación una generalización vaga y disparatada. A este respecto, quiero hacer dos observaciones. Primero, que no se adelanten a condenar sin antes juzgar; ni a juzgar sin antes conocer. Segundo, quiero hacer una observación a propósito de «generalizar». Un analista o científico puede pecar tanto por generalizar como por particularizar. Si se afirma: «El orinar es algo típico y específico del hombre primitivo, pero no del civilizado», pecaríamos por exceso de particularización (se cometen grandes errores lógicos de particularización a nivel de la calle y a nivel académico, aunque más en este último). En cambio, la afirmación: «El inglés se caracteriza como el ser humano más racional, más equilibrado y, en una palabra, más humano», peca por exceso de generalización (amén de ser científicamente irrelevante).

Aunque una definición de tribu solamente puede darse con rigor al final de un estudio, conviene de entrada adelantar un breve

esbozo de definición que ayude a dirigir la atención en una determinada dirección.

Una tribu es una sociedad humana *sui géneris*, con una naturaleza y un funcionamiento específicos, e irreductible a cualquier otra especie de sociedad humana. La unidad de esta sociedad procede de un sentimiento específico —el sentimiento tribal— que funde a los individuos de un determinado territorio en un solo ser frente a otros individuos de otro territorio. La tribu es sentida como un hogar, una familia frente a otra familia de ese mismo nivel. Si nuestro análisis es correcto, se puede aplicar el término tribu a Móstoles (municipio), a Lugo (provincia), a Galicia (región), a España (nación) o a Estados Unidos (supernación). Un dedal de agua, una bañera de agua, una piscina llena de agua, un lago pequeño, un mar y un océano contienen  $H_2O$ , agua. La naturaleza, composición y otras características en cada uno de los volúmenes citados es agua (no vino, aceite o ácido clorhídrico). La naturaleza, la composición y otras características en cada uno de los volúmenes tribales citados es idéntica. Pero en un dedal de agua no se puede uno bañar; ni en una bañera de agua se puede nadar; ni en un lago pequeño hay olas grandes, ni navegan buques, ni hay tiburones; ni un océano es un mar pequeño. En efecto, ni Móstoles tiene una moneda propia («el peso mostoliano»), ni Galicia, aduanas y pasaportes gallegos, ni España o Francia envían artefactos a la Luna. Tenemos conciencia de las variaciones de volumen tribal y de cómo estas variaciones inciden asimismo en una variación nada desdeñable de ciertas características y resultados que puede lograr una macrotribu y no una minitribu. Pero mantenemos que en el océano la composición química es  $H_2O$  y no la del aceite de ricino. La composición natural (y cultural) de Estados Unidos y de Móstoles es esencialmente la misma, con las variaciones importantes a

las que dan lugar las variaciones de volumen (y otras variaciones de otros órdenes, como veremos).

Si nuestro análisis es correcto, una tribu deriva su unidad y su ser específico de un sentimiento *sui géneris*, que denominamos tribal. A lo largo de este estudio iremos explorando las distintas avenidas, calles, senderos y vericuetos que nos permitirán descubrir toda la extensión de este sentimiento. A guisa de introducción queremos, sin embargo, apuntar someramente qué entendemos por sentimiento y por sentimiento tribal. En primer lugar, nos distanciamos completamente de la afirmación de Descartes, hoy corroborada por Lévi-Strauss y por otros pensadores: «Los sentimientos son confusos estados de la mente». Por tanto, concluyen estos pensadores, no merece la pena ni siquiera abordar el estudio de los sentimientos. Por el contrario, nosotros sostenemos que llamar a los sentimientos «confusos estados de la mente» equivaldría en otro orden de cosas a afirmar: «La orina es una sangre sucia». La orina tiene una composición química y unas funciones orgánicas esencialmente distintas de la composición química y de las funciones orgánicas de la sangre. Hay que analizar, pues, cada uno de estos líquidos por separado, y luego estudiar la interrelación que existe entre ambos. Del mismo modo sostenemos que los sentimientos humanos (ira, orgullo, ternura, envidia, etc.) son de naturaleza esencialmente diversa a los pensamientos o a las imágenes y cumplen una función esencialmente distinta.

Algunos pensadores, por otra parte, al afirmar que los sentimientos son «subjetivos», se dejan inducir al grave error de que no se puede, por tanto, estudiarlos objetivamente. Tan reales son, en cambio, en un individuo la tristeza que siente cuando muere su madre o la cólera que se desencadena cuando alguien le llama «hijo de perra» como son reales su nariz o sus brazos. No son menos

reales las ganas de llorar que las lágrimas; los pensamientos de un individuo que sus heces (al menos en general). La realidad de los pensamientos y de los sentimientos no es menor que la realidad de la nariz en un individuo. Cada uno de estos fenómenos tiene una realidad específica y objetivamente analizable.

En segundo lugar, afirmamos que existe un sentimiento específico que denominamos tribal y, además, sostenemos que radica en este el fundamento mismo del ser tribal. Existe, en efecto, un sentimiento de orden individual y otro de orden tribal. Cuando un individuo compite como individuo frente a otro, es empujado en sus ganas de aventajarle y derrotarle por un sentimiento individual. Después de la contienda, el que ha ganado se verá internamente premiado por un sentimiento grato (sensación de haber derrotado), y el que ha perdido se verá, en cambio, castigado por un sentimiento ingrato (envidia-frustración-tristeza). Se trata de sentimientos de carácter individual. En cambio, cuando dos equipos de fútbol de dos tribus rivales compiten, tanto los equipos como las masas que representan a ambas tribus se excitan, vociferan, se entusiasman, se irritan, incluso se insultan y hasta, tal vez, se pegan, movidas por el sentimiento tribal con todo el arcoíris que contiene (ira, alegría, tristeza, etc.). Tanta rabia le puede producir a un español (o a un inglés) que su tribu (en este caso a nivel de nación) quede mal parada en cualquier competición (económica, deportiva, bélica, técnica, artística, etc.) como que él —individualmente— salga derrotado en alguna competición determinada. Aquí, igualmente, conviene observar que no se puede afirmar —ni siquiera la pregunta es válida— ni que el sentimiento individual es más vigoroso o importante que el tribal o viceversa. Ambos son de naturaleza diversa. El hombre puede acalorarse e incluso llegar a matar —como en

el caso estudiado— por ser objeto de insulto a su persona («eres un mamón») o por un insulto a su tribu («España es una mierda pinchada en un palo»). Puede sentir un nudo en la garganta al volver a ver a su madre después de varios años y también al volver a pisar «su» tierra después de prolongada ausencia.